

#HastaelCoño

Me bajó la regla cuando me faltaba un mes para cumplir los 13. Es un día que no se te olvida. Ese día *empiezas a ser mujer*. Aunque tú no notes ningún cambio en ti, aunque no tengas ni idea de qué significa eso de ser *ya* una mujer, tu familia te ha amenazado con cachondeo con hacerte una fiesta cuando *te llegue*. ¡Hay que celebrar que ya eres *una señorita*! Signifique lo que signifique ser una señorita... Tener la regla, de alguna manera, es dejar de ser considerada una niña. Así, de un día para otro.

Hasta que vi la mancha de sangre en mi ropa interior y en mis vaqueros, la verdad es que estaba bastante asustada. Me dolía el estómago y la espalda. Me encontraba fatal, mareada. Pensaba que estaba verdaderamente enferma. Nunca me había sentido así. Pero cuando me senté en el váter y vi la sangre pensé: “así que esto se siente cuando te baja la regla...”. Y pasé de estar asustada a estar cabreada. ¡Cómo alguien podía pensar que esos calambres eran el motivo para hacer una fiesta! Tener la regla, de momento, me parecía una mierda total. No sentía nada diferente en mí a no ser por aquellos pinchazos. Cogí una compresa de mi madre y me puse a frotar las manchas de sangre de la ropa en el lavabo. No sabía por qué, pero no quería que nadie las viera.

Le conté a mi madre lo que había pasado y le dije claramente que no quería ni una sola bromita al respecto. Mi padre, cuando se enteró, no pudo contenerse, aunque recuerdo en su cara una expresión extraña. Parecía que estaba asustado más que contento, por mucho que hiciera bromas. Le miré con cara de odio, con esa cara que los hijos sabemos poner a los padres, y él se calló. Entonces me di cuenta de que mi madre me estaba mirando. Parecía triste. Me acerqué a ella preocupada. Ella me acarició el pelo y dijo con tristeza “mi niña”. Parecía que se estaba despidiendo de mí. Yo seguía allí. No entendía nada. Esto es una mierda, dije.

Estuve ocultándoles a todo el resto de la familia la llegada de *mi amiga*, la menstruación, durante un año. No, no quería caras raras, ni risitas, ni que nadie me dijera que si ya me había puesto *mala*. Me negaba a pensar que, una vez al mes y por los próximos 30 años al menos, iba a ponerme *enferma*. Pero eso sí, que ni se me ocurriera quejarme de dolores, porque había escuchado decir que eso era de exageradas y dramáticas. Todas las mujeres tenían la regla y no se quejaban. Así que silencio. Casi quería desafiar la tontería de esa mutación a mujer, de que todo había cambiado. Nadie

se daría cuenta, seguiría siendo la misma, una niña. Y nadie lo notó, como yo había imaginado.

Vivimos en el siglo XXI, en el XX por aquel entonces. Un mundo avanzado, claro que sí, somos todos muy modernos. Aun así, nunca faltan los típicos comentarios y chistes sobre los cambios de humor que sufrimos las mujeres cuando estamos *indispuestas*. Si mostramos nuestro malestar, o nuestro cabreo, o nuestras lágrimas, o nuestra tristeza aparecerá algún gracioso que te preguntará si estás en *esos días*. Mi abuela me explicaba de niña que antes no las dejaban lavarse la cabeza los días que estaban *impuras*, y mucho menos darse baños en el mar o en la piscina porque *se te cortaba*. Me decía que me saliera de la cocina cuando estaba *manchando*, porque iba a hacer que la mayonesa se cortara... ¡Vaya poderes tenemos las mujeres! Pero ahora, ya cumplidos los 30, la cosa sigue. No podría decir la cantidad de veces que en el trabajo me han hecho la broma de que se notaba que tenía la regla, que qué carácter, cuando simplemente intentaba hablar o defender mi punto de vista. Parece que las mujeres solo somos vehementes cuando estamos sangrando. ¡Tiene ovarios la cosa! Incluso yo misma he participado de esos comentarios respecto a otras mujeres. Y me he reído viendo escenas en las películas en las que las mujeres gastan kilos de kleenex porque la regla las tiene llorando como magdalenas.

Mientras frotaba la tela de los vaqueros con 13 años, y veía el agua enrojecida caer al lavabo pensé que la sangre de la regla no era azul, como salía en los anuncios. ¿Cómo nunca me había dado cuenta? ¿De dónde venía aquella tontería? La sangre de la regla era algo asqueroso, claro, algo que nadie debía ver. Todos los meses las mujeres rezamos por no mancharnos el pantalón de sangre y que todos te señalen, se rían de ti, o peor, que piensen que es asqueroso. Quieres los tampones más pequeños para que nadie los vea en tu mochila, o en tu mano cuando vas a cambiarte en el recreo, y luego en el descanso en el trabajo. Buscas las compresas más finas, para que no se noten marcadas en el pantalón. Y acabas, entre tanto anuncio con colores chicle, columpios, pajaritos y sonrisas, preguntándote a qué huelen las nubes.

Porque parece ser que tu *rajita*, tu *flor*, tu *monedero*, tu *chichi*, tu *pepita*, tu *botoncito*, tu *conejito*, tu *chirla*, tu *almejita*, tu *papaya*, el *higo*, tu *agujero de delante*... huele mal. No te habías dado cuenta, pero debe ser así. O lo que es más preocupante, puede llegar a hacerlo, no sé sabe muy bien cómo porque tú lo limpias todos los días. Tampones, compresas y *salvaslip* se anuncian con *odor control*, que debe ser algo así como suavizante, o colonia, para coños. Está claro que aquello, por mucha flor que sea,

no debe de oler a rosas. Por eso en lo más íntimo quieres Chilly y, cuando empieza a picarte *ahí*, Vaginesil. Porque *eso*, también pica de vez en cuando.

Nadie te explica por qué tus braguitas se manchan también cuando no tienes la regla, qué es eso del flujo, y por qué cambia de aspecto y hasta de olor y qué hacer cuando pasa. Nadie te cuenta que tanto perfume y tanto jabón te ha jodido la flora bacteriana de tu coño. Para entonces lo llamas coño y te preguntas si aquello de llamarlo flor tendría que ver con la flora famosa que te está martirizando. O puede ser que también el médico se olvide de advertirte, después de prescribirte antibióticos, de que las bacterias de tu flora se van a ir a la porra y que *aquello* te va a picar tanto que no vas a poder concentrarte en nada ni en nadie más que en pensar en que ¡quieres rascarte el coño! Más que una flora, parece una fauna decidida a volverte loca. Estas en la universidad poniendo cara de que aquí no pasa nada, apretando las piernas lo más que puedes y aguantando la charla de todo el mundo, sin escuchar una palabra porque toda la atención está en ese picor constante que te va a volver loca. Sales corriendo en cuanto puedes a la farmacia más cercana, esperas a que las señoras con las veinte recetas de medicamentos se vayan, miras furtivamente a la puerta llena de vergüenza y por fin, sin nadie a la vista, te lanzas sobre el mostrador susurrándole a la farmacéutica (gracias a Dios que te ha tocado una mujer) que te estás muriendo de picores y que necesitas urgentemente algo que lo calme porque estás a punto de plantar el coño sobre un plato con hielo. Los óvulos que te da (¿se llamarán óvulos porque llamarlos supositorios para el coño suena feo?) te salvan la vida, y la integridad, porque estabas a punto de rascarte en frente de quien fuera.

El momento solo es comparable con otra visita de urgencia a la farmacia: la cistitis. Los antibióticos están prohibidos sin receta. Cómo me vería la farmacéutica la última vez que tuve esos dolores, que acabó por dármele. Creo que la hubiera matado si se hubiera negado. Cualquier mujer que haya follado con alguien nuevo después de un tiempo de vida contemplativa, sabrá de lo que estoy hablando. La fauna, digo la flora, también se venga de ti entonces. No sé muy bien si te castiga por la sequía a la que le has sometido, o precisamente por volver *al mercado*. Así de loco es todo lo referente al coño. Pero nadie te lo explica, ni nadie te lo pone fácil. Hablar de nuestro coño les incomoda, y ya sabemos que a las mujeres se nos enseña a no incomodar. *Calladita estás más bonita*, ya sabes.

Y cuando vas al ginecólogo para ver qué opciones tienes para no quedarte embarazada, cansada de que tu chico insista tanto con lo de “sólo la puntita”, “tranquila

que yo controlo”, “es que no sé siente lo mismo”, te recetan con toda tranquilidad un cóctel de hormonas. Si eres muy desastre y lo de tomarte la pastillita todos los días no va contigo, no te preocupes, porque tienes parches y anillos vaginales que te duran todo el mes. Nadie te cuenta que las hormonas tienen efectos secundarios, que seguramente harán que te hinchas, que cojas peso y que tu deseo sexual vaya desapareciendo. Nadie te explicará cuál es la razón por la que, siendo fértiles solo unos pocos días del mes cuando ellos lo son todos los días, somos nosotras las que tenemos que hormonarnos.

Cuando tu madre te ve con el blíster de pastillas en la cartera aparece aquella mirada que te había echado el día que te bajo la regla. Ya temes otra vez oírle decir “Mi niña”, con voz de tragedia. Pero esta vez la confesión es incluso más perturbadora. “Ya echarás de menos la regla cuando dejes de tenerla”. Mi madre debe de estar loca, pienso. ¡Desde el día en que me bajo la regla estoy deseando tener la menopausia! Pero de repente me doy cuenta de que mi madre no habla de echar de menos los pinchazos, la sangre, ni los tampones. Mi madre habla de esas pastillas y de lo que de verdad significa eso del *tictac* del reloj biológico. Los hombres siempre pueden ser padres. Las mujeres, un día, dejan de ser fértiles. Los hombres canosos son interesantes y atractivos. Las mujeres con canas son viejas, y sus arrugas no son tan interesantes como las ellos. Empezamos a ser mujeres el día que tenemos la regla y dejamos de serlo el día que dejamos de tenerla. Entonces me doy cuenta de que, para esta sociedad en la que vivimos, las mujeres no somos mujeres, somos hembras.

Claro que nos han explicado todo lo referente al aparato reproductor: ovarios, óvulos, útero y sus funciones reproductivas. Pero nadie te habla de que si sangras demasiado cuando tienes la regla, si tienes muchos dolores menstruales, si te duele incluso cuando haces el amor, puedes tener ovarios poliquísticos, o endometriosis. No conocías esa palabra. La llaman “la enfermedad silenciosa”. No sale en la televisión, no existe, no sabías que puede que tengas problemas para quedarte embarazada. Pero empiezas a nombrarla y descubres que muchas de las mujeres que conoces sufren en silencio esta dolencia. Para entonces ya tienes bastante claro que el silencio tiene mucho que ver en todas las cosas que le pasan a tu coño.

Y te da rabia no entender, te da rabia tenerte que plantear antes de tiempo si quieres ser madre, te da rabia leer la noticia de que Google va a pagarle a sus empleadas el coste de que congelen sus óvulos. Porque las mujeres tenemos que ser madres, pero no podemos ser madres antes de tiempo, pero si esperamos mucho ya no podremos, pero te vas a

perder lo más bonito de ser mujer, pero tú aspiras a mucho más que a ser madre... Porque ya te dirán cuando te toca, ya si eso, cuando baje tu rendimiento y no seas tan productiva, entonces podrás pensar en descongelar esos óvulos.

Porque me da rabia leer que una mujer de 20 años ha muerto de frío en Nepal por haber sido desterrada de su casa mientras tenía la regla. Descubro con ira que las mujeres en muchas partes del mundo se enfrentan como yo al silencio, a ser invisibles, a sentir vergüenza, a ser ignorantes de su propio cuerpo. Pero también se enfrentan a ser acusadas de impuras, de estar malditas. Sufren violencia, abandono, malos tratos. Por sangrar, por tener útero, por haber nacido hembras.

Y entonces, entre tantas, recuerdo su cara, muchos años atrás. Era la mujer más hermosa que había visto nunca. Yo tenía 12 años y estaba ojeando la revista dominical del periódico de mi madre. Me impresionaron sus ojos, enmarcados por un turbante naranja. *La flor del desierto*. Así es cómo llegué a su historia. Waris Dirie era una super modelo con una historia que me dejó impactada. Había nacido en Somalia, en una tribu nómada que vivía recorriendo el desierto. Cuando tenía tres años, o quizá 5 porque, explicaba, no sabía cuándo había nacido exactamente, su madre la sujetó mientras una anciana de la tribu, con una cuchilla vieja, le cortaba el clítoris y los labios mayores. Después le cosió la herida, sin material esterilizado, sin anestesia, y le dejó un agujero no más grande que la cabeza de una cerilla para que pudiera orinar y, en unos años, menstruar a través de él. Waris sobrevivió a las heridas, a las infecciones, a los dolores constantes al hacer pis, al shock, al trauma. Su hermana, algunas de sus primas, millones de niñas alrededor del mundo, murieron después de ser mutiladas.

Waris decía que ya no le guardaba rencor a su madre porque había entendido que ella también era una víctima. Su madre, como las mujeres que siguen practicándole la ablación a sus niñas, viven en un mundo en que las mujeres tienen que casarse para sobrevivir, para no ser repudiadas. Y para casarse tienen que estar mutiladas, porque la mujer es impura, y lo impuro hay que arrancarlo. La noche de bodas el marido cortará con una navaja la herida para abrirse paso, como quien desenvuelve un regalo, y la penetrará sin contemplaciones.

Waris escuchó como su padre planeaba venderla a un hombre de 60 años a cambio de 5 camellos. Así que escapó. Con 13 años cruzó el desierto sola y llegó a Mogadiscio donde tenía una hermana y una tía. A los 16 llega a Londres pues su tía está casada con

el nuevo embajador de Somalia. La tienen como criada. No sabe hablar inglés, no sabe escribir. Cuando su familia regresa unos meses más tarde a Somalia, ella decide quedarse. Sigue luchando sola a través del desierto europeo. Unos meses más tarde su belleza la salva. Un fotógrafo la descubre.

Waris descubre el propio horror que ha vivido el día que su compañera modelo, mientras se están cambiando, la ve desnuda y descubre la terrible herida. Lloro de rabia, y Waris por fin también puede hacerlo. La ablación es una atrocidad.

Waris lucha desde entonces por salvar a todas las niñas. Lucha porque todo el mundo entienda que las mujeres no tenemos nada impuro que debe ser arrancado, o silenciado, o invisibilizado, o ridiculizado, o menospreciado, o mercantilizado.

*Las mujeres no somos flores a tu disposición, para que nos arranques, para que nos uses de decoración, para que nos deshojes, para que nos destruyas.*

*Las mujeres no estamos malditas ni traemos mala suerte.*

*Las mujeres no vivimos para ser vendidas.*

*Las mujeres no somos una carga.*

*Las mujeres no tenemos nada que esconder, ni estamos manchadas, nunca, ni siquiera cuando tenemos la regla.*

*Estamos hartas de tener que avergonzarnos, de tener que escondernos, de ser expulsadas.*

*De que no os parezca interesante, o lo suficientemente importante para vuestra medicina el tenernos en cuenta. Las mujeres tenemos otros síntomas distintos cuando sufrimos un ataque al corazón, pero no lo sabemos porque sólo nos cuentan lo que os pasa a vosotros.*

*Hasta el coño de ser un misterio. Hasta el coño de que a mi cuerpo le pasen cosas de las que no podemos hablar, de no saber qué nos pasa, porque no se nos cuenta. Hasta el coño de ser invisibles.*

*Hasta el coño de tanto secretismo. Hasta el coño de callar. Hasta el coño de que sólo contéis la parte que tiene que ver con usarnos para vuestro placer, con usarnos para tener a vuestros hijos, para alimentar a vuestros hijos.*

*Somos las amantes, y luego las madres, o si no, la mercancía, o si no las cuidadoras, o sí no, las que tienen la culpa de todos los males.*

*Hasta el coño de que el mayor escándalo sea ver una mancha de sangre en nuestros pantalones, o en nuestras sillas y no la sangre que nos provocáis cuando sangramos por vuestros golpes, por vuestras puñaladas.*

*La regla es la única sangre del mundo que se derrama sin violencia. ¿Por qué tendría que avergonzarme de ella?*

*Hasta el coño de tener que escuchar que olemos a pescado, a ácido úrico, a huevo podrido cuando lo que queréis es tener una excusa para que no disfrutemos, para no tener que currároslo, para que no nos atrevamos a pedirnos que nos comáis el coño como queréis que os comamos nosotras la polla.*

*Es más fácil decir que estamos secas, que somos frías, que no sabemos disfrutar, que tenemos prejuicios. También es más cobarde. También más egoísta.*

*Hasta el coño de que mi coño sea el cuentapurezas, que su uso y disfrute, sea lo que me convierta en una ramera o en una mojigata.*

*Hasta el coño de ceremonias del pañuelo, de la palabra virgen, de la palabra puta.*

*Hasta el coño de que nos digáis que somos libres para hacer con nuestros cuerpos lo que queramos,*

*pero no nos dejéis hacerlo,*

*pero nos sigáis silenciando,*

*pero nos hagáis creer que lo que tenemos que hacer es ponernos las cadenas solitas.*

*Y comprar, de paso, las más caras que queráis vendernos.*

*Nuestro coño no es un vuestro campo de batalla, no es vuestro negocio.*

*Nuestro coño es nuestro. Usémoslo. Disfrutémoslo.*

A todas las Waris, a los millones de niñas que han sido abortadas, mutiladas y humilladas por nacer mujeres. A los millones de mujeres que luchan por cambiar esta realidad visibilizando, concienciando, luchando para que un día nuestro sexo sea libre de toda opresión.